

SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 10
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 42 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

EL VERDADERO ROBINSON.

CAPITULO VII.

Frente á frente.— Vaso del mono.— El palacio.— Una mudanza.— El invierno en el trópico.— Proyectos para el porvenir.— De la propiedad.— Los dos hacen juntos el trabajo.— La risa.— La desgracia no está lejos.

El isleño volvió á recobrar la tranquilidad de espíritu: ahora sus sueños son mas dulces y menos prolongados: sus paseos por los bosques y sus momentos de reposo durante los grandes calores del día le parecen mas soportables desde que le hace compañía alguna cosa mas que su sombra: ha recobrado el gusto al trabajo desde que *alguien* le mira, y hace uso de la palabra desde que alguno contesta á su voz... este alguien era Marimonda.

Ahora es la compañera de Selkirk, su amiga y su esclava: parece que comprende hasta sus menores gestos é incomodidades. Para distraerle, recurre á mil expedientes ó medios y á mil actos de agilidad propios de su raza: va, vuelve, corre, salta, y hace á su lado todas sus gracias: trata de poblar ella sola aquel desierto, y hacerle animado en derredor suyo: le trae sus pipas, le mece en su hamaca, y por todos sus cuidados, por su afanoso esmero, no exige mas que una caricia que ya no la rehusan.

Muchas veces sirve la comida á su amo, y aun suele tomar parte en ella. Al principio fué un favor, mas tarde una costumbre, como sucede á esos honrados aldeanos, que casi retirados del mundo, transigiendo de día en día con el decoro, concluyen poco á poco por admitir á su criada en su familiaridad. El decoro para Selkirk no era cosa muy importante; no tenía que recibir la inesperada visita de ningún amigo ni de ningún curioso.

Así es, que las comidas se hacían en común al aire libre en la mesa de ramas, á la sombra del corpulento mimosa, el amo ocupaba el banco y la sirvienta se colocaba humildemente en la banqueta, pronta á dejar su puesto á la primera señal para hacer su servicio. ¿No se han visto en la India orangutanes que desempeñaban las funciones de criados? Pues Marimonda no les era inferior en inteligencia y destreza.

Ahora la gusta mucho la carne de cabra y la de los coatis y agutis, porque los monos se hacen fácilmente carnívoros; pero algunas veces también se cubre la mesa con los productos de su caza: si faltan los postres interrumpe bruscamente su comida, se la deja continuar solo á su amo, se interna en los bosques inmediatos, subese de tres brinco á las copas de los árboles y no tarda en volver con una provision de frutas que pueden comerse con confianza porque las conoce.

Selkirk observó un día con qué discernimiento sabía preparar lo que le hacia falta.

Viéndole un día servirse en la comida de un vaso de nuez de coco para beber el agua, guiada por su instinto de imitación, procuraba apoderarse de la copa á su vez, pero una mirada un poco severa la contuvo en su tentativa. Sea porque sintiese una especie de humillación al verse obligada delante de su amo, cuando quería beber, á ir al arroyo y meter en él el hocico como un animal vulgar, sea que la reprensión le afectase demasiado, se abstuvo de beber y permaneció algún tiempo como suspensa y pensativa; pero á la comida siguiente, ocupó su puesto en la banqueta con la cabeza erguida, la mirada penetrante y con un vaso en la mano exclusivamente suyo, conquistado ó adquirido legítimamente por ella, y se le presentó á Selkirk con aire de triunfo, el cual maravillado, no titubeó en partir su agua con el mono.

Aquel vaso era la cápsula leñosa é impermeable del

fruto de un árbol llamado *guatela* (1). De este modo la inteligente Marimonda, después de escoger las hojas entre los numerosos vegetales de la isla para curar sus males y cicatrizar sus heridas; sus frutas para su alimento, y aun para sus juegos, encontraba también medio de obtener los diferentes utensilios de que podía tener necesidad.

Encantado de la dulzura, de la docilidad, y del cariño que manifestaba tenerle, Selkirk se aficionaba cada vez mas á ella. La estación de invierno, es decir, la de las lluvias, que por lo común reina en aquellos parajes en los meses de junio y julio, estaba ya muy próxima; le contristaba de antemano la idea, de que durante aquel tiempo, su dulce compañera no tendría para preservarse mas que sus abrigos habituales debajo de las ramas y el follaje de los árboles; concibió el proyecto de cederla su gruta y construir para él una habitación espaciosa y cómoda; de este modo, nuestras resoluciones, aun las mas generosas, por mas que hagamos, tropiezan en el camino con el interés individual, y con mucha frecuencia se convierten en aumento de nuestro bienestar particular.

No lejos de la gruta, pero mas internado en la playa y orillas del arroyuelo la *Curruca*, existía un trecho cubierto de yerba, dominado por cinco mirtos de quince á veinte pies de altura y cuyo tronco presentaba un diámetro mas que suficiente para responder de la seguridad del edificio. Cuatro de aquellos mirtos formaban un

digna cuando mas de un troglodita ó de un mono? En adelante no tendrá ya necesidad de levantar su cortina de lianas y espiar por entre las hojas de sus palmeras la benéfica claridad de la aurora: ella misma llegará á buscarle y le regocijará al despertarse, así como las brisas de mar le refrescarán por la noche durante su sueño.

Lo interior de la cabaña, de su palacio, había tomado ya un aspecto que le encantaba: sus fusiles, sus hachas, sus instrumentos del trabajo y su anteojito, bien limpios y relucientes, estaban colgados en la pared en unas estaquillas y servían mas bien de adorno que de peso: en otro tabique estaban colocadas todas sus pipas, siguiendo el orden de su tamaño. En el pilar del centro colgó su morral, su odre, su bolsa de tabaco y diferentes objetos de su uso diario. En cuanto á su marmita, cecina, sus provisiones de pieles, aceite de foca y demas, confiados al cuidado de Marimonda, las dejará en su gruta, de la que formará un almacén y la cocina: no quería tener estorbos.

Pensó entonces qué muebles le faltaban, y le pareció que debía construir una mesita portátil y dos sillas de madera, una para él, y otra para Marimonda cuando viniere desde la gruta á la cabaña, porque ya tenía una vecina: además, durante las lluvias, les sería forzoso comer bajo techado. Comenzaron las primeras lluvias, suaves y fortificantes, pues caían á intervalos, y la tierra las absorbía enteramente: Selkirk no pensó todavía en la mesa ni en las sillas; otro proyecto merecía en su concepto la preferencia.

Marimonda acababa de dar vuelta á los bosques y le trajo frutas de todas clases, entre las cuales había algunas desconocidas para Selkirk. Las probó con mas cuidado y atención que tenía de costumbre, quedándose luego pensativo; con la mano puesta en la mejilla:—¿Por qué, dijo, no haré yo crecer estas frutas á mi alcance, no lejos de mi habitación? ¿Por qué, no he de procurar mejorarlas por medio del cultivo? Esta es una idea bien sencilla y prudente, que ha debido ocurrirme tiempo há; pero estaba solo... absolutamente solo, y se pierde el ánimo cuando no hay que pensar sino en sí mismo. Una huerta y jardín, me será por lo menos tan útil como mi vivero y mi berrizal: yo le haré reinar en derredor de mi cabaña; que de este modo ganará mucho en aspecto. ¿No está mi arroyuelo colocado espresamente para atravesar mi vergel, y ayudarme á regarlo? Mas adelante, si Dios me ayuda, criaré unas cabritas, que después que hayan adquirido todo su desarrollo, me darán leche, manteca y queso. ¿Cómo no he pensado en esto hasta ahora? Quizá hubiera sido emprender mucho á un mismo tiempo. Tendré, pues, cabras domesticadas, conejos de Indias, agutis y coatis en mi conejera. Ensancharé mi casa, y haré una quinta. Pero aun no es tiempo: pensemos ahora en un jardín.... Deseo con ansia ver producir á esta tierra fecundizada por mis afanes, y pasearme á la sombra de los árboles que yo haya plantado: me parecerá que allí estoy en mi casa, mas bien que en ninguna otra parte.

Tienes razón Selkirk; poseer la isla entera, no es nada: es simplemente tener una licencia de caza; un derecho de pasearse y aprovecharse de los pastos, que los demas habitantes de la isla, cuadrúpedos y volátiles, pueden reivindicar tan bien como tú. ¿Qué es la propiedad sin la facultad de la explotación? Aun cuando la tierra llegase á ser patrimonio de uno solo, los verdaderos límites de su posesión, serían siempre los del campo que le producía su subsistencia. No envidiamos, pues, la felicidad de los ricos: no son mas que unos detentadores pasajeros, y unos distribuidores de la fortuna pública: en realidad, nadie posee mas que lo que puede abrazar, aquello que puede gozar por sí mismo: lo demas se nos escapa, y contribuye al bienestar de los demas.

Selkirk comprendía que sus arroyuelos, su césped de la playa, su vivero, su berrizal, su gruta y su cabaña, le pertenecían mucho mas que las doce ó quince



Sueño de Selkirk.

cuadro irregular; el quinto se hallaba en medio, sino exactamente, poco menos, y nuestro constructor no era muy delicado. Vió, pues, colocados ya los pies derechos de su habitación, los mirtos quedaron en su sitio y sus raíces sirvieron de cimiento. Arrancó los arbustos, las yerbas y zarzas de las inmediaciones, dejando tan solo un heliótropo, que mas tarde adornaría la fachada de su casita, esparciendo en ella por la noche suave fragancia; ya se había reconciliado con los perfumes agradables. Quitó las ramas á los árboles y los cortó á la altura de ocho pies, dejando uno mas al de en medio que debía sostener la techumbre, compuesta de cañas y de hojas de palmera. Los tabiques eran de una mezcla de arena, tierra y juncos, y se apoyaban en una especie de red muy sólida, formada de ramas de árboles entrelazadas. Tuvo cuidado de no elevarlos hasta el techo y dejar un pequeño espacio para que pudiese circular el aire libremente por entre una especie de enrejado de ramas de sauce.

Concluida su obra en menos de quince días, la examinó con júbilo: la misma Marimonda pareció participar de su admiración alegremente y trepando por la nueva fábrica, comenzó á correr y saltar por encima del techo de hojas que resistió aquel peso, lo cual fué un triunfo mas para Selkirk.

Ahora se trata de proceder al mueblage de su palacio: trasladó á él su cama de cañas y sus mantas de pieles de cabras; cuánto mejor abrigado estará allí que bajo la sombría bóveda de su gruta? ¿cómo ha podido contentarse por tan largo tiempo con semejante morada,

(1) El *lecithis-guatela*, de la familia de las *lecithideae* creada por el profesor Richard, y cuyos estranos frutos, llevan según su tamaño, en el Perú y en Chile, la denominación vulgar de *marmitas* ó *casos de mono*.

leguas cuadradas de su isla: á su dominio particular iba á añadir un jardín, y aquel vergel aumentaba su riqueza, pues debía servir para la satisfacción de sus necesidades.

La humedad de que comenzaba á penetrarse la tierra la hacía mas fácil de trabajar, é inmediatamente puso manos á la obra.

Hele ahí, pues, armado unas veces con su hacha, y otras con una pala de madera que acababa de construir, cavando, desmontando el terreno y trasplantando arbolitos frutales, ó bien confiando á la tierra las semillas que bien pronto verá nacer y prosperar, porque en semejante clima todo brota al momento.

Cuando el sitio del jardín estuvo ya trazado, removido, sembrado, plantado, sin olvidar las hortalizas, y sobre todo la yerba coca y la *petunia nicotiana*, Selkirk, con los brazos cruzados, dió gracias á Dios de todo corazón por haberle dado fuerzas para concluir su obra.

Jamás se había conceptuado tan dichoso, como cuando con los brazos colocados por la espalda, se paseaba fumando por medio de su jardín en donde nada aparecía todavía; pero él veía en sueños sus arbolitos cubiertos de flores, y zumbaban en derredor de ellos numerosos enjambres de abejas; pensaba ya en el medio de obligarlas á que le dejaran la miel, cuya esencia iban á robarle. Es cosa decidida: en su granja tendrá también colmenas. Despues de las abejas, veía en su imaginación ligeras bandadas de colibris que acudían á hacer su botín. El afortunado poseedor del jardín, no les exigía mas retribucion que el placer de verlos suspender en una hebra de seda, á las hojas de sus arbustos, la elegante barquilla en que mecen á sus delicados hijos. Nada le parecía mas hermoso que su jardín en germen; allí era mas que rey de la isla; era propietario.

Gracias á su jardín, Selkirk vió transcurrir con bastante resignacion los dos largos meses de la mala estación. Cuando caía el agua á torrentes, y quedaban intrasitables los caminos, se consolaba pensando que ayudaban á la germinación de sus granos y de sus plantas. Si alguna vez entre dos diluvios encuentra medio de proporcionarse caza, ¿qué importa? vive de sus provisiones, y si se ve obligado á estar siempre metido en su habitación, es ahora cómoda y buena, tiene quien le acompañe y no le falta en que ocuparse.

Entonces se puso á completar su mueblage. Concluidas la mesa y las sillas, emprendió otra tarea no menos indispensable.

Gastados ya por el tiempo y el uso, sus vestidos se iban cayendo á pedazos. Fué necesario preservarse de la humedad del aire, y de los insectos que se habían multiplicado mucho con las lluvias. Resolvió, pues, renovar sus ropas y hacerse sastre. De un clavo hizo ya un anzuelo, pues también podrá formar una aguja. ¿Mas en donde se proporcionará tela? ¿No puede elegir entre las pieles de las focas y las de las cabras? Dió la preferencia á estas últimas como mas flexibles, y hele ahí ya cortando con la punta de su cuchillo; en cuanto al hilo le suministra el gran pedazo de tela; dos dias despues se encontraba flamante, vestido de nuevo.

Decir cual fué el asombro de Marimonda al ver á su amo con aquel nuevo traje, seria cosa imposible. Le encontraba semejante á ella, y vestido como ella, con el pelo por defuera. No se cansaba de mirarle y examinarle con curiosidad: daba saltos en derredor suyo, se revolcaba á sus pies, daba gritos de alegría, y encaramada en lo alto del pie derecho que había en el centro, le miraba con ojos inquietos y vagarosos. Cuando le hubo inspeccionado de arriba abajo, fué á colocarse en un rincón, y volviendo la cara hacia la pared, como para reflexionar, se volvió rápidamente, y dirigiéndose hacia él, recogió al paso el vestido que acababa de dejar, mirando alternativamente á uno y otro, para saber cual de los dos formaba realmente parte de su individuo.

Despues de gozar algunos instantes de los transportes y sorpresa de su compañera, Selkirk tomó su Biblia y su pipa, y colocando el libro sobre la mesa, se dispuso á leer y meditar. Empero bien fuese por consecuencia de su jovial escitacion, á que se sintiese estimulada por la especie de fraternidad que el traje establecía entre ella y él, Marimonda, sin titubear, se encaminó adonde estaban las pipas, escogió una y se la puso gravemente entre los dientes, muy sorprendida de no ver elevarse el humo en espiral; y con aire de importancia, é imitando siempre á su amo, fué á sentarse enfrente de él.

Prestandose con gusto á aquella travesura, Selkirk la quitó la pipa de las manos, la llenó del tabaco mas aromático, la encendió y se la devolvió.

Apenas aspiró Marimonda la primera bocanada, cuando dejando caer de repente la pipa, derribando la mesa, y arrojando humo por boca y narices, huyó dando lastimeros alaridos, como si la abrasase, ardiente lava.

Al ver al pobre mono tan asustado, Selkirk, por la primera vez desde su mansion en la isla, dejó escapar una estrepitosa carcajada, que persiguió á la fugitiva hasta la gruta en donde se había refugiado, y que los ecos asombrados prolongaron desde la gruta al Oasis, y desde este hasta la cima de la Descubierta.

El desterrado acababa por fin de reírse, y de reírse á carcajadas.... y en aquel mismo momento, sin que él lo supiera, le amagaba un nuevo golpe: se le preparaba una guerra en que le serian inútiles sus armas....

(Se continuará.)

APUNTES DESCRIPTIVOS E HISTORICOS

DE UN VIAGE DE MADRID A LA RIOJA.

ARTICULO QUINTO.

UNA ESCURSION AL PUEBLO DE SAN VICENTE.

Era el 2 de agosto por la madrugada cuando acompañado de mi amigo salíamos de su casa de Avalos para dar un paseo hacia *San Vicente*, uno de los pueblos mas elevados por su situacion de todos los que componen la provincia riojana. Paso á paso, á manera de peregrinos, dejábamos atras las continuadas viñas que á su carretera cercan, y como amantes de la poesia de los campos, nos deleitábamos en el frescor de las vides, en el contraste que ofrece por esta estacion el verdor del pámpano y la esterilidad del suelo, y en el espectáculo que se presenta allí á estas horas por las circunstancias del terreno y las multiplicadas cumbres de sus montes cuando las hieren los primeros rayos del sol. Admirando, pues, los velos de púrpura que se rasgan ante su brillo y oyendo el cantar de los labradores que hacia sus faenas diarias se encaminaban, llegamos por fin al pueblo donde es preciso subir para llegar á San Vicente.

Un arroyo de clara y trabajada agua es lo primero que se advierte al llegar por esta parte á sus primeras cascas. Encajonado cuando por allí desciende, da alimento á la fuente de sus habitantes, y se derrama despues en una huerta que á la entrada de la poblacion por allí se ofrece. Costeando en seguida algunas de sus calles mas bajas, porque tiene todavía muchas que dan contra las murallas mismas de su elevado castillo, bajamos á ver el puente de nueve arcos, que sobre el Ebro pasa.

Aunque sin algun testimonio histórico, creemos fué romana su primitiva construccion, al juzgar por la argamasa ó mortero petrificado de sus estribos primitivos y cuyos restos desafían el torrente de este río y sus extraordinarias avenidas. Este puente, sin embargo, ha venido siendo un agregado sucesivo de arcos segun la extension ó direccion que con los tiempos ha tomado por allí el Ebro, asi es que el que hoy aparece restaurado, no tiene una direccion recta, en lo que se prueba que no es la construccion primitiva sino los agregados del que fué el primitivo, ó que no hubo muchos conocimientos facultativos en la traza de dicha obra. En cambio, la cualidad material de su construccion es asombrosa, y firmísima la obra de su cantería. Pero veamos la mucha parte nueva que al presente muestra.

Por los años de 1775 se llevó el río los dos arcos principales de este puente, y era tanta su solidez, que los otros siete restantes han permanecido enteros sin su anterior encadenamiento hasta 1845, en que un labrador de inteligencia y honra emprendió su recomposicion, tomando para ello la investidura de alcalde con este simple y fecundo programa que deseáramos secundasen todos los demas, si con la actual centralizacion pudiesen: *fuerza y puente*: de ambas cosas necesitaba San Vicente, y ambas cosas en su magistratura popular le dejó. Considerando, pues, lo que vale una voluntad cuando le acompaña la energia; echados de bruces sobre su alto repecho, y viendo deslizarse por la serie de sus ojos el agua de este célebre río, todo nos recordaba sin querer, las escenas demasiado tristes que allí mismo se representarían un dia. Desde este puente, en efecto, *echaban al agua* (segun una ordenanza de esta villa por los años de 1323) *y ya ahogado lo enterraban donde por bien tenían*, al habitante que teniendo queja de otro y acudiendo al alcalde para que le administrase justicia dentro de 9 dias, se la tomase por sí mismo sin esperar el fallo y matase á su contrario, ordenanza que el rey aprobó, en vez de que el demandante matador fuese puesto vivo bajo del muerto, segun aquella lo proponia y en lo que se mostró mas civilizado el rey que San Vicente y sus aldeas, que tal artículo propusieron.

La iglesia parroquial de este pueblecito está en lo mas alto de la villa, puesto que está dentro del recinto y muros del castillo, los que bajaban por esta parte hasta cubrir el paso del puente, para facilitarlos á los navarros en Castilla, teniendo que defenderse ante la parte mas fuerte. Subimos casi perpendicularmente por este sitio á visitarla, y no nos fué muy suave el tocar la cima del monte donde dicha iglesia hoy se levanta. Llegamos en fin á la puerta, contemplando sobre los lienzos de las destrozadas murallas lo inespugnable que esta fortaleza seria, y fácil nos fué advertir que la portada de este templo es mucho mas posterior que el restante edificio, si bien su torre fué para no otros un objeto inespugnable por su construccion, de su tiempo y origen. Parece que no fué hecha desde sus principios para el servicio de la iglesia, porque no tiene planta, interior, ni figura para tal, y para torre del castillo no era ni redonda, ni ancha para bastion de defensa: Govantes, sin embargo, dice que lo era. Nosotros no disputaremos lo que fué, pero si que se parece hoy con su montera irregular, á un elevado minaret que espera las plantas del ministro musulman para dejar oír sobre el Ebro los versículos particulares de su creencia. Pero antes de entrar en su iglesia parroquial, diremos algo de las inscripciones curiosas que con gran trabajo se leen en el pórtico de este templo, en particular la segunda de las que ponemos á continuacion, ya casi borrada por el trato cuidadoso de los monacillos y muchachos. Debimos, sin embargo, al señor don José Payueta, abogado de este punto,

su copia mejor; y la molestia de confrontar su diction, con la que sabia de memoria un anciano y vecino del mismo: he aquí lo que dice la del lado derecho:

EN 4.º DE JUNIO DE 1739, COMO A LA HORA DE LAS DIEZ DE LA NOCHE, CAYO UN RAYO EN LA PUERTA DE ESTA IGLESIA, CUYA LLAMA SE DEJO VER DE CUATRO SACERDOTES QUE ESTABAN CONJURANDO, Y DE MAS DE VEINTE SEGLARES; PERO TODOS, (AUNQUE ALGUNOS HERIDOS Y SIN SENTIDO) QUEDARON LIBRES POR LA INTERCESION DEL GLORIOSO MARTIR SAN PELAYO, ESTANDO ESPERANDO SUS SAGRADAS RELIQUIAS É IMAGEN: Y EN MEMORIA DE TAN ALTO PRODIGIO, DECRETO EL ILUSTRISIMO CABILDO CANTAR UNA MISA A SU PROTECTOR Y COMPATRONO, EN EL 4.º DE JUNIO DE CADA AÑO. A FULGURE ET TEMPESTATE LIBERA NOS DOMINE. AMEN.

He aquí lo que se lee en el izquierdo:

EN 9 DE AGOSTO DE 1629 AÑOS, CAYO UN RAYO EN LA TORRE DE ESTA IGLESIA Y MATO DOS HOMBRES QUE TAVIAN LAS CAMPANAS, Y LAS CENTELLAS QUE BAJARON POR LA TORRE ABAJO, MATARON EN LA PUERTA DE LA IGLESIA AL CURA RAMARTINEZ, DEJANDO OTRAS MUCHAS PERSONAS HERIDAS Y SIN SENTIDO. Y ESTE MESMO DIA, A LA MESMA HORA, PARECIO OTRO HOMBRE MUERTO EN LA SALMUERA, TERMINO DE ESTA VILLA, ABRASADA LA CABEZA DE OTRA CENTELLA: EN CUYA MEMORIA SE VOTO GUARDAR FIESTA EL DIA DE SAN ROMAN, CON FUNDACION DE ANIVERSARIO PERPETUO POR LAS ANIMAS DEL PURGATORIO. A FULGURE ET TEMPESTATE LIBERA NOS DOMINE. AMEN.

La tradicion de este pueblo agrega que el último cura de Ursales, aldea ya en ruinas no muy lejos de este pueblo, y de cuyos restos nos ocuparemos otro día, fué el cura ó sacerdote que se presentó con la custodia á la puerta de la iglesia, dando lugar á la catástrofe que menciona esta lápida segunda. Pero dejemos ya su puerta para visitar sus naves.

El estilo gótico ó ojival es el que sobresale en este templo; pero nada advertimos que pudiéramos señalar aquí como notable en altares, santos u otros objetos, comprobándose solo en la sillería de su coro las ideas y los mayores fondos con que entonces contaban sus beneficiados. Volvimos por lo tanto á salir y fueron mas grandes nuestras sensaciones cuando esparcimos la vista desde su puerta ante el balcón que forma su altura sobre el río, llanos, ribazos, caminos, pueblos, aldeas y retirados montes, espectáculo del que solo pudo apartarnos un clérigo tieso, rechoncho y pertrechado de unos guantes negros, al que preguntamos con cierta curiosidad sobre las antigüedades de su iglesia, dándonos por toda respuesta *que aquella había sido de moros y presídio*. Ignoramos de donde este maestro habria podido saber tanto y tan discreto sobre las antigüedades é historia de su misma casa; que si por tales muestras hubiéramos de juzgar de su moral y teología, doctor debía de ser en ambas sobradamente.

Despues de este incidente, subimos por detrás del templo para explorar mejor las ruinas del castillo, y entramos por una puertecita tan baja como angosta, de una historia particular. Carlos II de Navarra, considerando un dia los servicios que este pueblo prestaba á sus estados con ser frontera guerrada de Castilla, concedió á todos los que fuesen allí á habitar, (que en traduccion queria decir, los que fueran allí á quedar mancos ó muertos por su causa,) que fueran tenidos y que ficasen por fijosdalgo, de cualquier estado ó condicion que antes fuesen, *e illos e sus sobcesores descendientes de su villa, morando en dicha villa*. Pues bien: no hace muchos años que el alcalde de San Vicente, acompañado de su escribano, se situaba bajo esta puertecita para notificar á los que no fuesen nobles, esta ú la otra providencia. Mas como lo eran todos los vecinos de este pueblo solo por serlo, quedaban por únicos forasteros los gallegos que allí iban á trabajar, y era tan maligna la intencion de aquellos dos funcionarios, que para que se humedecieran mejor, les notificaban muy particularmente sus autos cuando mas llovía, y cuando ellos se mostraban mas resguardados bajo esta puertecita. Trayendo á la memoria este incidente que en el pueblo nos contaron, seguimos discurriendo por esta entrada, y reparamos en dos antiguas torres del castillo, convertida la una y otra en el servicio del reloj y campanas de esta iglesia. Por los muros que existen todavía entre ambas, no encontramos ya aquellos defensores que en 1430 citaron la venganza del general Pedro de Velasco de mandar prender fuego al pueblo por conceder este castillo á los navarros; pero en cambio, nos sorprendió un número crecido de huesos y calaveras humanas ya blanqueadas por el sol, y ellas nos hicieron considerar que no otro fin habrá tenido la del general Velasco, y no otro tendrá la nuestra, aunque sin tocarnos tal vez un sitio tan elevado y puro. Tal es el hosario que hoy tiene la iglesia de San Vicente. ¡En esto ha venido á parar el recuerdo de sus antiguos guerreros, el lugar de donde se arrojaron por los vivos tantas flechas y bombardas!

Bajamos del castillo para volvernos sobre Abalos, y al pasar por las calles que desde la puerta del castillo bajan, son multiplicados entre el negror del humo de las humildes casas los sendos escudos, que ante sus portadas cuelgan, ya con calderas, jarros y perros, ya con lises, osos y tigres, y hasta con árboles enteros, para que nada falte en estos cuadros de toda la historia na-

tural enter. Parándome, pues, ante ellos, para mis adentros dije: ¡con estos símbolos se consolaba el antecesor, que si bien no se llamaba pechero, era al fin el habitante de un señor como don Pedro Velasco, primer conde de Haro! ¡Triste fué en efecto por entonces la suerte de este pueblecito! Regalado por don Enrique IV á manera de esos alfileres ó joyas que hoy dan los reyes á los artistas, á don Pedro Giron maestre de Calatrava, comprólo despues á estosamos doña Juliana de Aragon en 1516, por cuyo medio vino á recaer tambien en don Bernardino de Velasco, principe de Grave, hasta que en el reinado de una escelsa muger, la inmortal Isabel I, se incorporó, como tantos otros, á la corona de Castilla.

Hablando de estos pasados hechos, mi compañero y yo, descendimos de esta altura para tomar la carretera que á Abalos conduce. Era día de fiesta, y veinte mugeres con sus mantillas y sayas negras pasaban por ella de San Vicente á Abalos, con la propia gravedad y compostura que si fuesen por las losas de una ciudad, siendo así que no tenían otro acompañamiento que las viñas y barbechos, por el espacio de mas de tres cuartos de légua que media desde el uno al otro punto. Entráronse así en la iglesia de Abalos sin mudar medias ni calzado, y en la propia forma volvieron á San Vicente, tal vez mas descansadas que nosotros, con haberlo hecho con mayor comodidad.

MIGUEL RODRIGUEZ FERRER.

LA VOZ DE LA CONCIENCIA.

Para el hombre ambicioso,
el buen éxito disculpa la ilegiti-
midad de los medios.

(Massillon.)

En una ciudad de Andalucía, cuyo nombre no es necesario citar, vivia don Anselmo Perez, anciano septuagenario y achacoso, que poseia un crecido capital en metálico: cuidabale una sobrina llamada Tomasa, jóven aun, y cuya genialidad alegre y bulliciosa estaba en contradicción con la sombría gravedad de la de su tío; pero reprimiase cuanto le era dado, afectando la mas completa uniformidad de sentimientos, esperando por este medio inspirarle un cariño que aun no habia conocido, y que la nombrase heredera universal á su última hora. Nada mas justo y natural en el sentir de Tomasa, cuyo tío no haria en esto otra cosa que pagar un tributo de gratitud á sus cuidados y corresponder á los vínculos del parentesco.

Una mañana que don Anselmo salió á misa mas temprano que tenia de costumbre, subió la jóven á la habitación de este, con un manojo de llaves de distintas dimensiones, dispuesta á probarlas todas en las dos cerraduras que tenia un arcon de cedro, guarnecido de planchos de hierro, y en el que estaba depositado el tesoro de su tío. Dobló ambas rodillas para hacer aquella operación con mas comodidad y empezó, á probar todas las llaves, que en vano procuró introducir en las cerraduras. Viendo lo infructuoso de su trabajo hizo un gesto de disgusto y se dirigió á su cuarto para ocultar el llavero, murmurando con enfado.

—Bueno es que debiendo pertenecerme todo no pueda disponer de nada! Luis necesita parte de lo que será suyo y no encuentro medio de dárselo. ¡Cuál se pondrá, Dios mio, y acaso me culpárá de negligente!

Un golpe dado ligeramente en la ventana, hizo conocer á Tomasa que su amante la esperaba. pues aquella era la señal convenida: asomóse, y en efecto era Luis que se apresuraba á saber el resultado de la diligencia que acababa de practicar Tomasa, y que él le habia encargado.

—Y bien, la dijo al verla; todo habrá salido á las mil maravillas; no esperaba menos del interés que tomas por mi.

—Pues ha salido al contrario de lo que imaginas; le contestó la jóven. Todo ha sido inútil; ni una sola llave ha podido penetrar en la cerradura, á pesar de los esfuerzos que he hecho para ello.

—¿Como así? exclamó Luis encolerizado por no conseguir la cantidad que deseaba. Es imposible que entre tantas llaves, y cada una de diferente forma, no se haya encontrado una á propósito. Sin duda no has hecho la diligencia.

—Te aseguro que sí, contestó Tomasa algun tanto aflijida por la duda de su amante. ¿Como es posible que yo dejase de cumplir tu encargo? Bastara que fuese un deseo tuyo, para que yo me apresurase á poner los medios de satisfacerlo: á mas me has dicho que será en beneficio de los dos, y que para ello no puede esperarse á la muerte de mi tío...; ya ves que esta no podrá tardar, porque cada día está mas achacoso, y entonces...

—Ese entonces carece hoy de valor, y hay necesidad que no admiten demora. No sabes aun el objeto á que se destinará... acaso para darle una agradable sorpresa; pero es preciso, urgentísimo, que me proporciones á toda costa ese dinero en este día.

—Me es imposible; todavía nada es mio, ó por mejor decir, no tengo accion sobre ello. Bien sabes que mis pequeños ahorros te los he entregado gustosa, porque yo nada quiero, nada ambiciono; todo cuanto pueda pertenecerme es para ti en cambio de... tu cariño. Dijo la enamorada Tomasa, lanzando una de esas lánguidas

al par que abrasadoras miradas, peculiares á las bellezas andaluzas, y que penetran hasta el corazon del hombre, ocasionando un vivo estremecimiento de placer.

—Pues bien, dijo Luis indiferente á aquella demostracion amorosa; un poco de cera basta para abrir ese cofre; aplicala á las cerraduras y yote daré llaves idénticas á las que guarda tu tío.

—De esa manera todo es tuyo.

Un fuerte aldabonazo dado en la puerta, anunció el regreso de don Anselmo, terminando el coloquio de los dos amantes, que se separaron despues de mil protestas por parte de ella, de cumplir fielmente los deseos del exigente Luis.

Pasó todo aquel día sin ocurrencia notable, salvo las frecuentes explosiones de mal humor del viejo, y la puntual observancia de cuanto se habia encargado á Tomasa, que guardaba el molde de cera en el bolsillo. Llegó la noche y tío y sobrina se retiraron á sus respectivas habitaciones, ella para dar cuenta á su amante del resultado favorable de su mision, y él para repetir quizá por la millonésima vez, un acto que ejecutaba con la precision del deber, y que habia de preceder á su sueño para que este fuera sosegado y tranquilo.

Entró, pues, nuestro don Anselmo en su dormitorio, y despues de cerrar cuidadosamente la puerta, paróse delante del arca en que estaba depositada su alegría su felicidad, su tesoro, y sacando de sus anchos bolsillos dos llaves, la abrió con presteza: al ver aquellos ordenados talegos llenos de oro, asomó á sus labios una sonrisa de placer, acompañada de un entrecortado suspiro, producido por esa ansiedad que se experimenta al mirar á una persona, á un objeto que anhelamos con afán. El avariento anciano inclinó su cuerpo sobre el arca, y empezó á palpar amorosamente todos sus talegos, uno en pos de otro, cual pudiera hacerlo una madre cariñosa que mira en torno suyo á sus tiernos y jugueteos hijos. Concluido aquel minucioso reconocimiento, cerró y se acostó, poniendo las llaves debajo de las almohadas, mientras murmuraba algunas oraciones.

La voz de la conciencia no hay poder que la acalle, y en don Anselmo gritaba con sonoro eco que salia del corazon y se desvanecía en su cerebro, pues procuraba concebir pensamientos que le distrajesen de tan fatal pesadilla, mas en aquella noche no le fué posible hacer lo que consiguiera en otras mil. Recordaba á su pesar los medios mas ó menos criminales de que se habia valido para amontonar todo aquel oro, y figurábase ver al derredor de su lecho los manes de las victimas que habia inmolado en las aras de su ambicion. Movíase de uno á otro lado de la cama, como se bulle el reptil en la cavidad de una piedra de donde no puede salir sin caer bajo la mano del labriego que le persigue.

Don Anselmo no podia conciliar el sueño por mas que lo intentaba. Pasado un corto espacio de tiempo en tan terrible padecer invadió su caduco cerebro un acceso de cruel delirio. En tan penoso estado creyó ver entrar por la puerta de su habitacion un sin número de horribles espectros, que con maneras hostiles avanzaban hácia el sitio que él ocupaba; rodearon su lecho y clavaron sus torvas miradas en el ardiente rostro del anciano que anonadado buscaba un lugar donde dirigir su errante vista, lejos de aquella perspectiva tan lúgubre.

Un inmenso clamoreo, mezclado con mil dicterios y maldiciones, se alzó de entre las fantasmas que gritaban en confusion:

—Tú me diste para sembrar mis campos en un año de calamidad, pero fué con un premio tan subido, que al pagarte quedé mas miserable que antes y mi esposa y yo morimos de hambre. ¡Maldicion sobre el usurero!

—Yo te di á guardar mi hacienda, creyéndote honrado, y cuando te la pedí me la negaste, muriendo yo en un hospital. ¡Maldicion al ladrón! ¡maldicion!

—Yo enjugé tus lágrimas en la horfandad y te cuidé como á un hijo... y tú codiciando mis riquezas y temiendo que pasasen á otras manos, huiste con ellas despues de darme veneno. ¡Maldicion eterna sobre el asesino!

—¡Avariento, el negro Tártaro te destina un lugar donde recibirás el premio de tu desenfrenada codicia.

—¡Hipócrita, de nada te servirá esa falsa esterioridad religiosa frecuentando los templos y humillando hasta tocar al suelo tu frente criminal ante el Dios de los justos, si tu corazon no da cabida al arrepentimiento y preside tus buenas acciones!

Estas y otras muchas palabras semejantes pensaba oír don Anselmo en su febril exaltacion. El temor habia embargado su voz y no podia llamar en su socorro á su sobrina como quisiera; un copioso sudor bañaba su rugoso rostro, y cada una de aquellas fatidicas palabras que escuchaba, era un dardo agudo que destrozaba su corazon.

Toda la noche la pasó en tan congojoso insomnio, hasta que el nuevo día, á medida que aumentaba su fulgente claridad, fué disipando paulatinamente aquellas fúnebres visiones.

No por eso se tranquilizó el espíritu de don Anselmo. La sobrina que habia pasado la noche muy á su sabor, conversando con su amante, observó que su tío continuaba recogido á pesar de lo avanzado del día, por lo que creyó deber informarse de esta novedad: entró en su habitacion y lo encontró en un estado difícil de describir: hizole varias preguntas respecto á su salud, y solo tuvieron el resultado de las repetidas palabras de que le llevasen cuanto antes al padre Julian, que era su confesor. Vino este, y despues de estar muy largo rato encerrado con don Anselmo, salió á la calle y vol-

vió acompañado de un notario y dos individuos mas que tornaron á encerrarse con el dueño de la casa.

Tomasa formaba mil conjeturas sin adivinar el motivo de aquellos misterios, hasta que se le dijo que su tío estaba de mucha gravedad, que le cuidase con esmero y que practicase cuanto dispusiese el facultativo. Luis iba y venia á cada instante, preguntando por el estado del enfermo, y cuando le contestaba Tomasa que empeoraba por momentos, vagaba entre sus labios una sonrisa de satisfaccion, contando las horas que faltarian para posesionarse del deseado tesoro.

Dos días despues, tras una penosa agonía, exhaló su último aliento el desgraciado don Anselmo. Inmediatamente, y por instigacion de Luis, quiso la sobrina disponer de los bienes del difunto, mas los encargados en el cumplimiento del testamento no lo consintieron hasta que se abriera este. Hizose así á los pocos días y ¡cuál fué la sorpresa de Tomasa al saber la última voluntad de su tío! Todos sus bienes muebles é inmuebles se habian de invertir en mandas piadosas, y solamente debian escluirse quinientos ducados, que legaba á su sobrina en prueba de su afecto, con la precisa condicion de que debia tomar el velo de las vírgenes del Señor en el convento que quisiese escoger.

La enamorada Tomasa dió al punto conocimiento de todo á Luis, diciéndole que rehusaba aquella pequeña donacion con tal de casarse con él; pero el falso amante, jóven disoluto y crapuloso, que exigia con engaños algunas cantidades para satisfacer sus deudas y sus vicios, luego que vió sus esperanzas burladas, no halló reparo en decirle á Tomasa muy terminantemente, que él lo que buscaba era oro y no amor.

Concluidas las exequias de don Anselmo, y viéndose Tomasa sola y abandonada, resignóse con su suerte, y buscó en Dios el amor que le negara el mundo.

EDUARDO MOURE.

CARTILLA DEL OBRERO.

El que construye su casa con el dinero de los demas no prospera nunca.

El que no trabaja está espuesto á hacer mal; el hombre laborioso no corre este riesgo.

A cada negocio su momento, y á cada cosa su lugar. Bebiendo un vaso de vino de mas, nos quitamos una semana de vida.

El vestido remendado honra á la muger del que le lleva.

Se cree uno escusado diciendo «me he olvidado,» y sin embargo el olvido es una falta.

El que no madruga está retrasado todo el día en lo que tiene que hacer.

La vida del que se basta á si mismo está llena de dulzuras.

Si los padres no olvidasen nunca que al lado de sus hijos representan á Dios, seria su autoridad dulce, tierna, igual y poco dada á la cólera; porque la autoridad de Dios no es de otro modo.

El pobre no está tan privado como cree de la felicidad de hacer bien, porque tiene mas poder que el rico para oponerse al mal.

El deseo de vivir entre gentes en que reine la alegría, puede satisfacerse olvidándose á si propio por los demas.

Que todo lo que es verdadero, decoroso, justo, puro, amable, virtuoso y digno de alabanza, sea el objeto de vuestros pensamientos.

El que no se hace de cada vez mas hábil en su estado, retrocede en vez de avanzar en la vida.

Si no podesis recompensar un favor recibido, mostraos á lo menos siempre agradecido.

No tengais por exacto y verdadero cuanto oigais decir.

No hay pobre ó afligido que no pueda socorrer y consolar á otro mas desgraciado que él.

No hay ningun acontecimiento tan pequeño, que no dé margen á prudentes reflexiones.

No alimenteis inquietudes exageradas. ¿Dios no alimenta hasta los pajarillos? Pues sin embargo, no poseen graneros ni armarios que cierren con llave.

El que aprende las reglas de la sabiduria sin conformar su vida á ellas, se parecerá á un hombre que arase su campo y no lo sembrara.

La justicia es el pan del pueblo, y siempre está hambriento.

AVES ESTRANGERAS.

El picotero de Bohemia. «La inclinacion á amar á nuestros semejantes, calidad muy agradable para los demas, no está enteramente desnuda de inconvenientes para el que la posee; pues siempresupone en él mas que discernimiento dulzura, mas que prudencia sencillez, mas que energía sensibilidad, al paso que le hace victima de los lazos que le tienden otros menos sensibles y mas dominados por el interes personal; he aquí por que son generalmente reputados los mas estúpidos los picoteros de Bohemia.»

De este modo se explica Buffon, y nada mas oportuno que encabezar este artículo con una cita que bien puede sernos de utilidad en mas de una ocasion.

En Italia, en Prusia y en otras regiones se ven lle-

gar los picotereros por otoño en bandadas tan espesas, «que á veces tapan el sol,» como dice Buffon, aunque exageradamente. Y no se crea que son regularmente periódicas estas emigraciones, pues á veces no se dejan ver sino cada cinco ó siete años, sin que se haya aun descubierto una causa á que atribuirlo. En su viaje comen bayas maduras, entre las cuales dan su preferencia á las de la uva, de alheña, del escaramujo, del enebro, etc., y también manzanas, serbas, higos, y en general toda clase de fruta carnosa, acuosa y tierna.

Varios cazadores alemanes aseguran que el picotero, estúpido por naturaleza y por instinto, está siempre pronto á caer en todos los lazos que se le tienden. Y como nada se sabe de cierto acerca de las costumbres de este animal, nos perdonarán la relación de todos estos detalles en gracia de la novedad que ofrecen, y de las consecuencias que de ellos pueden sacarse, como en muchas ocasiones nos las ha demostrado la casualidad.

Según el inmortál Buffon, sin hablar de las afecciones de sexo, se estiman muchísimo estos pájaros, y en tan desinteresada amistad funda la prueba de su estupidez, como hemos visto mas arriba. Pero con perdón de tan grande escritor y naturalista juicioso, sentimos no ser de su dictamen, pues jamás miraremos como prueba de estupidez un sentimiento tan sublime.

El ave manca.—Para el hombre observador no existe en la naturaleza clase ni género, ni tal vez especie, de tal manera aislados ó separados de los demás, que no pueda pasarle de división en división por las clasificaciones de la historia natural, por medio de matices y gradaciones casi insensibles. También á veces, á favor de transiciones tan bruscas como inesperadas, se complace la naturaleza en aproximar y amalgamar las clases mas separadas; por eso hace que ponga huevos un mamífero, el ornithorinco; cubre de pelos en vez de plumas el cuerpo de un ave, el casoar; da alas á un lagarto, la dragona, y á cuadrúpedos, los murciélagos; oídos y pulmones al proteo, que, gracias á estos dos órganos, ni es pez ni reptil, sino un compuesto de ambos.

Un ejemplo de semejantes anomalías ofrece el ave de que vamos á tratar. El ave manca, en vez de alas tiene aletas para nadar, y aunque guardan sus patas perfecta analogía con las de los mamíferos, con todo, tan imposible le es andar como volar; de manera que su organización le condena á no vivir ni en el aire ni sobre la tierra, sino en el agua como los peces.

Habita esta ave los mares Antárticos, y se la encuentra en el estrecho de Magallanes, en las islas de Falkland, en otros varios parages del mar del Sur, y hasta en la Nueva Holanda. Es grande como una oca, y fre-

cuentemente las hay de cuatro pies de altura; las nadaderas ó aletas que hacen veces de alas, son anchas y prolongadas, planas, membranosas y cubiertas de escamas formadas de cabos de plumas; sus patas colocadas mas atrás que las de ninguna otra ave, no pueden sostenerla sino apoyándose hasta el talón en el

Cuando estas aves recelan algun peligro se lanzan al agua, donde nadan con tal celeridad, que ningún perro podría seguir las. Si las detiene algun obstáculo saltan fuera del agua á cuatro ó cinco pies si es preciso, para salvarlo, y continúan huyendo con la misma rapidez, sacando casi mas que la punta del pico.

Su carne es negra y huele fuertemente almizcle; bien que por esto dejan de comerla y reputarla mala buena los habitantes de los lugares donde se encuentra.

El faisán dorado.—El faisán dorado, faisán de la China ó faisán tricolor, es una de las aves mas notables por la belleza de su plumaje. Su vientre es de color de fuego; tiene en la cabeza un hermoso copete, que se eleva y se dilata cuando el animal experimenta una viva emoción de amor ó de cólera; el iris, el pico, los pies y las uñas son amarillos; adorna su cuello un gran collar anaranjado salpicado de negro; la parte superior de la espalda es verde, amarilla la inferior y la rabadilla; las alas riguen con una hermosa mancha azul; su cola cresta, es muy larga y forma varias comparticiones; las plumas de las alas, dobladas cubren una en dos planos, se cubren unas á otras como las tejas de una azotea.

La hembra, como la de todos los faisanes, no se parece en nada al macho. Su cola es mas corta, carece de colorido y su plumaje está diversamente salpicado de gris ó de moreno.

Como lo hemos dicho ya, el faisán dorado es originario de la China; pero allí, como aquí, es un ave de patio, á lo menos para los viajeros, de donde se sigue que son desconocidas sus costumbres en estado salvaje. Buffon opina que no es mas que una excepción del faisán común.

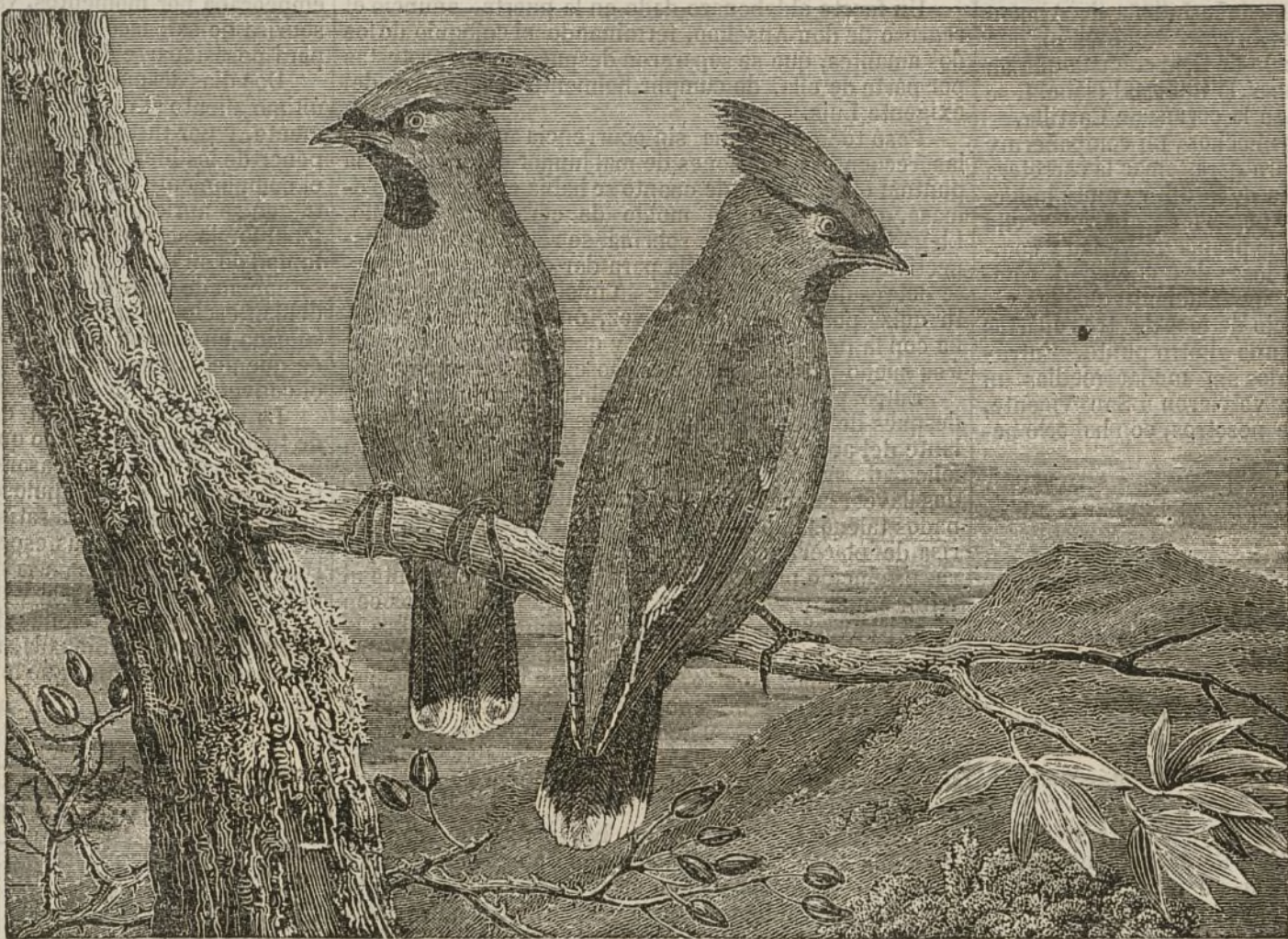
Tiene la hembra algo de singular que se encuentra ni en la gallina ni en ninguna otra ave, á nuestro entender.—El faisán dorado es una ave que tarda mucho tiempo en ser adulta, y sólo al cabo de tres años empiezan á tomar esos bellos colores que la hacen comparable al fénix; por lo tanto es muy probable que las personas que Buffon hayan tomado por hembra á machos que llevan la librea de la juventud.

Esta ave se alimenta como el gallo y la gallina, con toda especie de granos, con insectos y hasta con carne; es polígamo, y el macho puede servir á cinco ó seis hembras. Estas empiezan á poner desde la edad de dos años y se las desahogan empollar.

Para llevar á término la educación de los faisanes hay que observar tres cosas: 1.ª Ponerlos al abrigo del frío. 2.ª Preservar-

los igualmente de la mas ligera humedad. 3.ª Darles cuanto sea posible aire y luz; si se observan bien estas tres condiciones indispensables, es seguro el éxito para llenarlas.

La vida común de un faisán es de siete á ocho años;



El picotero de Bohemia.



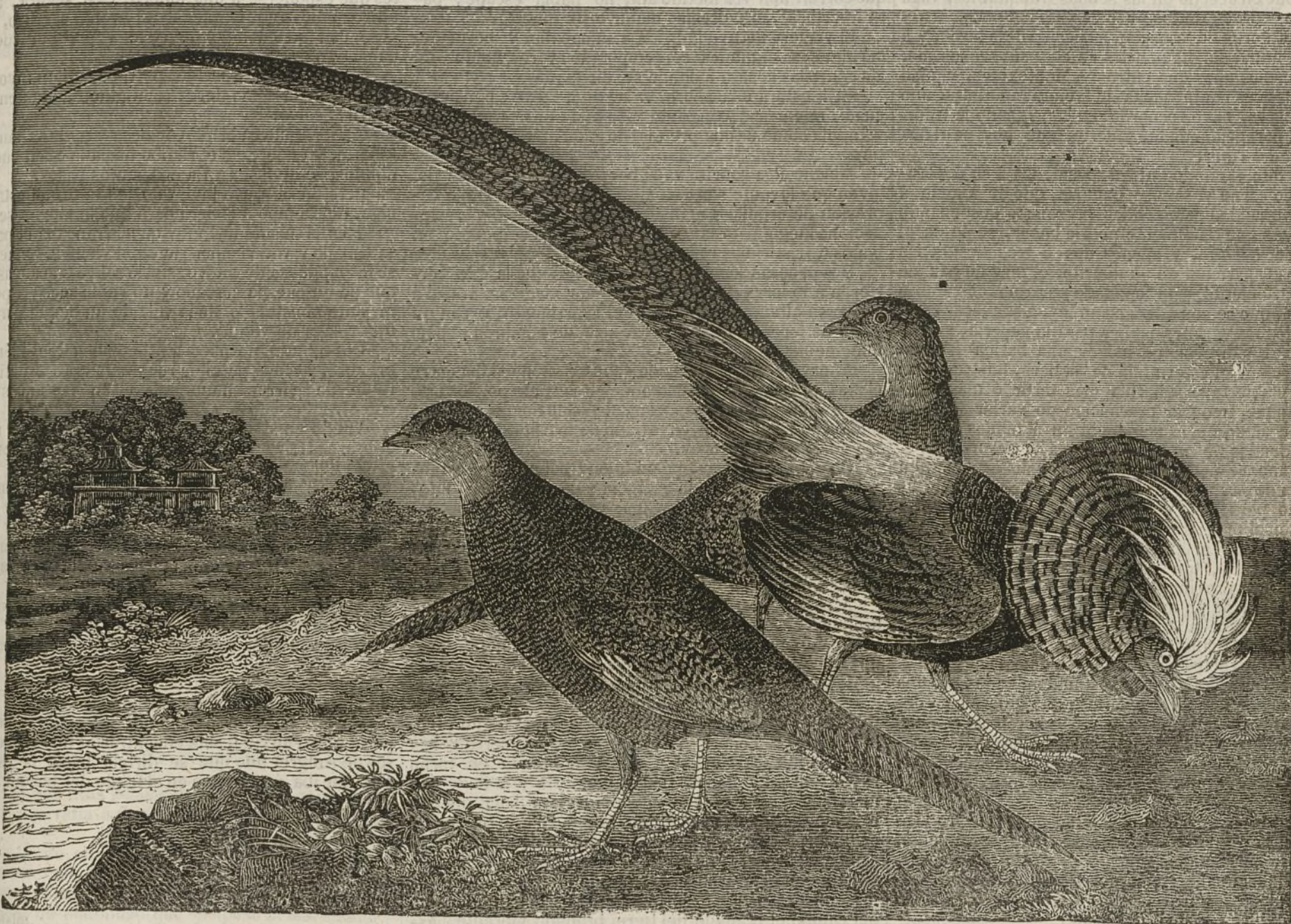
El ave manca.

to encorvada hacia la punta, cubierta de plumas hasta la tercera parte de su longitud. La cabeza, la parte superior del cuello y la garganta, son de un color pardo negro; una lista de amarillo claro, bordada de negro, pasa por detrás de las orejas; y el lomo es de un gris pizarreno, y blanca la parte inferior del cuerpo.

sin embargo, Buffon cita un sugeto que conservó un macho durante quince años. Lo singular es que el faisán dorado es tan delicado para comer como el común, es mas robusto y mas fácil de criar, y sin embargo, en

hombre. Sin embargo, esta proximidad tiene para esta ave muchos menos riesgos que para otras, supuesto que solo arriesga su libertad, pues como naturalmente canta bien, y es capaz de aprender a cantar mucho me-

cios á media voz, y que ensaya nuevos aires y trinos. Por una consecuencia de su carácter desconfiado, ocultan estas aves el nido con gran cuidado, y le construyen en los agujeros de las peñas cerca de los bor-



El faisán dorado.

Francia no se ha procurado multiplicarlo mas que como objeto de curiosidad.

El cinclo.—El cinclo ó mirlo de roca, habita los peñascos y las montañas, donde comunmente se posa. Es

jor, se le busca menos para comer, no obstante de ser esquisito bocado, que para gozar de su canto, que es grato, variado, y casi como el de la silvia, apropiándose ademas con mucha facilidad el canto de las demas

aves que sirven de techo á las mas inaccesibles cavernas; y solo con mucho riesgo y trabajo puede el hombre encaramarse hasta sus crias, que ellos defienden con valor contra los raptos, procurando sacarles los ojos.

Se encuentran mirlos de roca en algunas partes de Alemania, y en los Alpes, en las montañas del Tirol, del Bugey, y en otros puntos.

En cuanto al plumage de este pájaro, podemos decir que la cabeza y el cuello están cubiertos con una capucha cenicienta, variegada con manchitas rojas; el dorso aparece ennegrecido cerca del cuello, y es de color mas claro hacia la cola, cuyas diez pennas laterales son rojas, y pardas las dos intermedias; las pennas de las alas y sus coberteras son de un color oscuro, ribeteadas de otro mas claro; y finalmente, el pecho y toda la parte inferior del cuerpo, son anaranjadas y variegadas con pintas, unas blancas y otras pardas, y el pico y los pies son negruzcos.

M. U.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

NOVELA ORIGINAL

POR DON ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

CAPITULO V.

EL TIGRE CEBADO.

Estos grupos de coqueiros
En leados de taquaras
Saos muytas veces ó coito
Das temíveis jaguaras.

J. A. Magalhães, poeta brasileiro.

Empecemos el capítulo explicando lo que significan las palabras que le sirven de epigrafe.

En aquellas regiones donde el hombre y las fieras se disputan el dominio de la naturaleza, que ostenta do quier su exuberancia y fuerza primitivas, donde las ciudades y las poblaciones no son mas que pequeños oasis de civilización, enclavados en medio de inmensurables pampas, desiertos y bosques que no se sabe donde acaban, sucede á menudo que el hombre cae bajo la sangrienta guerra de los animales feroces. Entre estos, el tigre es sin disputa el mas temible. Sobre este particular, obsérvese en América un fenómeno muy curioso y digno de un estudio especial por parte de los natura-



El cinclo.

muy raro que consienta que se le acerquen á tiro de escopeta, pues en el momento que se le aproximan mucho va á colocarse á cierta distancia sobre otra peña situada de modo que pueda dominar lo que le rodea. Parece que solo es salvaje por desconfianza y que conoce todos los peligros que le amenaza la aproximación del

aves, y aun nuestra música. Todos los días se le empieza á oír un poco antes de la aurora, cuya venida anuncian con sus brillantes cantares, y hace otro tanto á la caída del sol. Cuando alguno á media noche se acerca á su jaula con luz, al momento se pone á cantar, y durante el día, cuando no canta, parece que hace ejerci-

listas. Desde que el tigre ha llegado á probar la carne humana, se aficióna tanto á ella, que no quiere la de otros animales, y se dedica con toda la astucia, perseverancia y arrojo de que es capaz á este nuevo género de caza, á la caza de hombres. Se oculta en los pajonales (1) de los llanos y entre los cañaverales de los ríos; se pone en acecho en las sendas transitables; vaga por los alrededores de los pueblos y de las estancias, y en las altas horas de la noche, á la caída de la tarde, y á veces á la mitad del día penetra en ellas sin ser sentido. No hace muchos años que entró en Montevideo, ciudad que ya entonces contaba mas de treinta mil almas, uno de estos tigres, cuyo recuerdo ha consignado la tradición en el parage donde fué muerto, que hoy se llama la *esquina del Tigre*.

Desde que el citado animal se entrega á su devoradora sed de carne y sangre humana, que le impele á saciar su voracidad solo con las personas, desdenando otras presas que fácilmente podría hacer, se le da el nombre de *Cebado*, y apenas dos ó tres desgracias anuncian su aparición en un distrito, el juez de paz de aquel departamento está obligado por una costumbre inmemorial que se considera como ley, á convocar en el acto á todos los varones hábiles para la cacería, y bajo su autoridad y dirección disponer una batida general hasta conseguir el exterminio de la fiera. Rastreado el tigre y descubierta su guarida mas tarde ó mas temprano, aunque tiene la precaucion de variar con frecuencia de albergue, sucumbe al fin á manos de los amigos y deudos de los que días antes ha devorado.

El que ahora espasma la alarma y la consternacion en la estancia de Aracay y sus alrededores, llevaba muertas sobre ocho personas, y ya el juez de paz, puesto de acuerdo con el propietario de la estancia, que no era otro que don Luis Larteman, habia determinado celebrar la batida general, tan pronto como llegase el *vaqueano* (2) de la provincia, que habia ido á Salta y debia estar de vuelta de un momento á otro.

Loca y descabellada era por lo tanto la conducta del jóven, máxime cuando podía haber aplazado la ejecución de sus proyectos para dos ó tres días despues.

Desgraciadamente los que están dominados por una idea fija, se parecen á los enfermos que quieren curarse en pocas horas apelando á remedios heróicos, estrordinarios, y agravan su dolencia; como aquellos, dejándose arrastrar de sus extravagantes caprichos, creyendo conseguir mas pronto lo que desean, lo aventuran y pierden todo.

He aquí los silogismos que se propuso nuestro viajero con la rapidez inconcebible del pensamiento, mientras se burlaban los gauchos de su supuesta cobardía, y las indeclinables consecuencias que de sus premisas dedujo lógicamente.

—Yo estoy resuelto á suicidarme.

—Pero antes de morir, quiero ver y despedirme de la muger que amo.

—Y cuando la vea ¿no vacilaré en mi resolución?.... ¿No adivinará ella mis intenciones, y procurará disuadirme de mi criminal propósito?

—¿Podré resistir á sus lágrimas, á sus ruegos, y al remordimiento de acibarar su existencia y hacerla mas infelice todavía...?

—Quisiera no verla, y una fuerza superior á mi voluntad me empuja y me arrastra hácia donde está ella; quisiera bajar al sepulcro sin decirle *adiós*, y el arma homicida se me cae de las manos á esta dolorosa idea.

—Véala ó no, debo y quiero morir. Mi buena ó fatal estrella ha arrojado entre ambos el resorte misterioso, el imantado eslabon que debe unirnos un momento ó separarnos para siempre.... y ese resorte misterioso, ese imantado eslabon, es la muerte que tanto anhelo.

—¿Por qué retroceder? ¿no es este un señalado favor que me hace la Providencia?...

—Si el tigre sale á mi encuentro, huiré ó lucharé con él.... Si sucumbo, se habrá cumplido mi destino y habré dejado de penar sin mancharme con un crimen; si, por el contrario, me libro de sus garras, creeré que Dios protege mi vida para que la vea y espere en su gracia.

—Vencedor ó vencido en esta prueba, él tendrá piedad de mi alma, y ella rogará por mí.

Desordenadas, confusas, anárquicas estas reflexiones y otras semejantes afluyen en torbellino á su frente, y deslumbrado por su engañosa apariencia de verdad, cerró los oídos á las prudentes advertencias de los gauchos y se arrojó ciego en brazos del acaso....

Hemos dicho que la noche habia cerrado lóbrega y pavorosa, y que la tempestad, próxima á estallar, rugía por el cielo amenazando desplomarse sobre el mundo.

Aquella medrosa oscuridad, interrumpida solo por el repentino fulgor de cien relámpagos, y los lúgubres bramidos del viento que al pasar doblaba silbando las copas de los árboles, aquel imponente desconcierto de la naturaleza, en vez de aterrar al viajero, le hacían experimentar una intensa sensacion febril que no carecia de encantos. El estado de su alma se identificaba con el de los elementos, y escitado su sistema nervioso por la electricidad de la atmósfera, y enardecido su espíritu por los ardorosos recuerdos que informes bullían en su cerebro, como bulle y salta el inflamado salitre al reventar la preñada bomba, sentía dentro de sí la lucidez de ideas, el aumento de fuerzas, de bienestar y brios que suele comunicarnos algunas gotas de un vino generoso.

(1) Yerba que crece hasta la altura de un hombre.

(2) Hombre práctico en el conocimiento del terreno de una localidad ó de toda una provincia.

Desde la cumbre de la pequeña eminencia de que hablamos no ha mucho, divisó á poco mas de un cuarto de legua la estancia de Aracay, y observó tambien, no sin algun recelo, la estrecha senda que á ella conducía, encajonada entre el río y el bosque.

Entonces comprendió toda la estension del riesgo que corría: una vez metido allí, no habia escape; para libertarse, era preciso matar ó ser muerto.

El viajero detuvo la brida á su caballo, y permaneció algunos segundos contemplando al resplandor de las centellas la casa á donde se dirigía.

—Allí estará ella ahora.... se dijo; tal vez pensando en mí, mientras yo caigo sin vida casi á sus puertas, enviándola como última prenda de amor, mi último suspiro.

Melancólica sonrisa vagó por los labios cárdenos del jóven que levantó sus ojos al cielo con indescribible expresión de orgullo y mansedumbre, de enojo y resignación; luego bajó la cabeza y quedóse embebido en hondas, tristes reflexiones.

Dos gruesas lágrimas mas amargas que la hiel corrieron á lo largo de sus descoloridas mejillas, volvió á clavar su altanera mirada en el firmamento, y con un gesto de feroz indiferencia se alzó de hombros y bajó lentamente la colina.

Al entrar en la reducida senda que quedaba entre el río y el bosque, sacó un pañuelo, se lo ató por los ojos á su corcel, y le cerró espuelas, al mismo tiempo que desnudaba el largo *facon*, cuyo puño de marfil asomaba entre las jergas y caronas.

De esta manera galopó un buen trecho, y ya estaba á doscientos pasos de la estancia y se regocijaba interiormente de su buena fortuna, cuando el caballo se detuvo de repente, retrocedió desatentado y lleno de espanto, irguió las orejas moviéndolas en dirección opuesta, tendió el cuello y levantó la cabeza, aspirando el aire que venia de la selva.

A poco resonó un bramido gutural, sordo, veloz y prolongado: el inteligente animal erizó la crin, se encalabrínó, quiso huir y no pudo: acometido al punto de un temblor nervioso, con la velocidad del acero colocado junto al iman, volvió la cara hácia el parage de donde parecia venir aquel alarido aterrador, respiró con estrépito, y permaneció inmóvil como erido de un rayo.

El viajero conoció que el tigre estaba cerca y seguía sus huellas; tendió su anhelosa mirada en torno suyo, y al brillo de los relámpagos, vió á la fiera que marchaba á mas bien corria con la cabeza baja, oliendo el suelo, batiéndose los hijares con la cola y bramando con mas frecuencia y mas furiosa á medida que se acercaba á su presa.

Aunque el desconocido sintió lo que sienten aun los mas intrépidos la vez primera que escuchan en medio del campo el bramido del tigre, bramido vibrante, áspero, cavernoso, que participa del gruñido del cerdo, del aullido de los lobos y *cimarrones* (1) y del graznido de la serpiente; es decir, aunque sintió un sacudimiento galvánico en todo el cuerpo, como si la carne se estremeciera por si sola al anunciarse la muerte, acompañado de escalofríos y violentas palpitaciones, no por eso se amedrentó ni perdió su serenidad habitual.

Dos medios le quedaban para salvarse: el primero, y el mas arriesgado, consistía en echar pie á tierra, envolverse el *poncho* en el brazo izquierdo, y luchar cuerpo á cuerpo con el tigre como hacen los gauchos; el segundo, si no tan peligroso ofrecía otro inconveniente; al abrir una ancha herida al caballo para que recobrase con la pérdida de la sangre la facilidad de moverse, y huyese, se esponía á matarle antes de conseguirlo, pues no siempre este recurso es infalible.

La fiera en tanto avanzaba con paso acelerado por la margen del río, cual si temiese que el viajero buscase en él su salvacion mas bien que en el bosque.

Rutilaban en medio de la oscuridad como dos brasas encendidas sus grandes ojos, centelleantes, rojizos y amenazadores, despidiendo una luz cárdena y sangrienta que deslumbraba y hería con invencible fascinación aterradora á los que la contemplaban.

Tal era la impresion que producian aquellas dos órbitas brillantes, que parecían girar y adelantarse por sí solas, cuando el feroz animal bajaba y levantaba la cabeza en medio de la velocidad de su carrera, sin que la lobreguez de la noche permitiese distinguir su cuerpo; órbitas de fuego que se destacaban en la sombra, sin ningun punto de apoyo, como dos estrellas perdidas que hienden el firmamento, como dos fátuas exalaciones que brotan, se apagan, reviven y oscilan sobre la cruz de abandonada iglesia, como las almas de dos réprobos condenados en forma de luces errantes, á vagar por los cementerios y á perseguir á los viajeros en las encrucijadas y caminos solitarios.

Eso pensaria cualquiera ignorando la causa, por poco dispuesta que estuviese su imaginacion á creer en las cosas sobrenaturales.

La ilusión era completa, hasta que una ráfaga de luz se abría paso al través de las densas nubes, y reflejaba sus fugaces destellos sobre el hermoso animal que tan fieros ojos tenia.

Entonces, si la idea del peligro no quitase el deseo de examinarle de cerca, haciéndole objeto de un estudio fisiológico, no habria podido menos de admirarse su bella planta, el brillo de su amarillenta piel jaspeada de manchas negras y relucientes; la régia altivez, el sello de pujanza y ferocidad impreso en su semblante, y la soltura, la gallardía y agilidad de todos sus movimientos.

(1) Perros montañeses.

Mientras el jóven se decidía á echar pie á tierra ó á herir á su alazan, el tigre se habia aproximado tanto que apenas distaba veinte pasos.

Era preciso resolverse, y nuestro viajero que aunque muy valiente, no tenia la destreza necesaria para luchar cuerpo á cuerpo con tan temible enemigo, antes que esponderse á una muerte casi segura, apeló al único recurso que le quedaba. Levantó el brazo, y atravesó con su cuchillo de parte á parte el cuello del caballo.

Este, al sentirse herido, partió como un rayo, no para la estancia como deseaba el jinete, sino en dirección á la selva.

Por fortuna era blando de boca y pudo su dueño contenerle, y enderezar el rumbo hácia la casa, que segun dijimos, se divisaba ya á doscientos pasos.

Pero en el breve intervalo que tardó en esta operación, dió tiempo á la fiera para que le alcanzase.

Y en el mismo instante que arrancaba el pañuelo de su caballo y volvía á herirle en el vientre, temiendo que se le *empacase* de nuevo, sintió sobre sus ancas el choque de un cuerpo cercano y un ruido seco y áspero, semejante al estallido de la vela de un buque partida por una ráfaga de viento.

Dos minutos despues sintió otro golpe idéntico al primero, y creyó percibir rechinar de dientes y ruido de garras hundiéndose en las ancas de su corcel.

Vuelto en sí por la inminencia del peligro, revolvió el brazo atras y descargó tres ó cuatro golpes en la grupa del caballo.

La acerada hoja del *facon* debió chocar contra algun cuerpo sólido, porque rebotó dos veces, y á la tercera saltó rota por la mitad.

Un rugido espantoso ensordeció la llanura, y tras él, oyóse el rumor de una pesada mole que caía y se arrastraba revolcándose por el suelo.

El caballo, siempre á escape, llegó á la estancia, saltó desbocado por encima de la *tranquera*, y ciego y desesperado fué á estrellarse contra las paredes de la casa.

Caballo y caballero rodaron por tierra; el primero sin vida, el segundo sin conocimiento.

Cuando llegaron los gauchos que salieron de la pulpería en su auxilio, solo encontraron dos anchos regueros de sangre; uno que se dirigía hácia la estancia y otro que iba á perderse en el fondo del bosque.

CAPITULO VI.

ADIVINACION

Visiones del alma son!
Los vagos presentimientos
De la inquieta fantasía,
Forman coro en la armonía
De la invisible creación.
(Echeverría.)

El caballo desbocado se estrelló contra la pared de la habitación que servia de antesala y donde se reunían por la noche para tomar el té, Larteman y su esposa.

A la sazón se encontraban juntos; eran poco mas de las nueve; el primero leía los periódicos de Buenos Aires llegados en el último correo, y la segunda una leyenda de Zorrilla; y si don Luis no hubiese estado tan engolfado en la lectura de las enérgicas notas pasadas por el *ilustre restaurador de las leyes* (1) á los plenipotenciarios extranjeros Deffaudis y Ouseley, enviados por sus respectivos monarcas la reina Victoria y el ex-rey de los franceses, Luis Felipe, para arreglar definitivamente por la milésima vez la cuestion del río de la Plata, sin duda habria notado la profunda impresion que causaban á su encantadora mitad las dulces trovas de su poeta predilecto. Adela leía por primera vez los *Cantos del Trovador*, y se habia detenido embelesada en estos preciosos versos, que tan bien pintaban su situacion y el estado de su alma:

«Ay! triste de quien llora
Y en soledad amarga
Los perezosos días
Numera con afán,
Y puede solamente
De su existencia larga,
Temer los venideros
Llorar los que se van!»

«Ay triste del que jóven
Y alegre todavía
Sus horas de ventura
Recuerda con dolor.
Y siente que aun adora
Su ardiente fantasía,
La fugitiva sombra
De su perdido amor!»

En aquel momento pensaba ella en Enrique, pensando en los venturosos instantes pasados junto á él; contenta plaba á su marido, repetía para sí los versos que acababa de leer, y al evocar los recuerdos mas gratos de su vida, oprimiase el corazón como si una mano de hierro se lo apretase, y si sus labios se negaban á dar paso á los hondos suspiros que en secreto exhalaba aquel, sus ojos menos crueles vertían alguna lágrima

(1) Don Juan Manuel Rosas.

furtiva, que enjugada apenas brotaba, renacia de nuevo al volver á fijar sus ojos en el libro.

Y cuando mas engolfados estaban uno y otro en su lectura, oyeron el ruido extraño y alarmante producido por el violento choque del corcel, que hizo retemblar las paredes de la casa, al abrirse el cráneo contra las macizas piedras de que estaba construido el edificio.

Adela, trémula y llena de sobresalto, como impelida por una fuerza sobrenatural, arrojó el libro, se levantó de la otomana en que estaba sentada, y preguntó á su esposo:

—¿No habeis oído?

—Si, contestó él con la mayor indiferencia, volviendo la hoja del periódico y hablando á medida que leía: será algun potro ó algun novillo alzado (1) ó tal vez el tigre que hace dias trae aterrorizada esta comarca; pero no te asustes, las paredes son muy altas y por mas que haga no podrá saltar por encima de ellas. A Dios gracias, mañana, segun me ha escrito hoy el juez de paz, se hará la batida.

—¿Tendreis la bondad de abrir esa ventana? continuó Adela con creciente agitacion; acaso sea algun infeliz que huye perseguido por la fiera....

El recuerdo de Enrique cruzó rápido por su frente; pero ella lo rechazó al punto como una quimera de su imaginacion enferma.

También puede ser eso, repuso Larteman con voz pausada y grave, recostándose perezosamente en el respaldo del sillón, preocupado ya por el interés y angustia con que se espresaba su compañera.

Sus celos eran tales que hasta en las cosas mas leves encontraba motivo para alarmarse.

—Sino quereis abrir la ventana, replicó Adela, os pido, os ruego que mandeis á vuestros criados á que se informen de lo que puede haber ocasionado ese ruido.

Larteman la miró fijamente y continuó impasible su lectura.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!.... repitió la pobre jóven poniéndose la mano sobre el corazon, y sin atinar á explicarse la causa del agudo, intensísimo pesar que sentia; ¡Dios mio!.... paréceme que alguna gran desgracia va á caer sobre nosotros!

Sonrióse el incrédulo marido y añadió con ironía:

—Eres muy nerviosa, Adela, quiero decir muy sensible.... y por eso te asustas de todo.... ya lo ves.... el ruido ha cesado y nada se oye que justifique tus pueriles temores.

Acompañó don Luis estas palabras con un gesto desdenoso que equivalia á decir: no te canses por que es inútil.

—Burlaos de mí en buen hora, si asi os place, respondió ella con resignacion, procurando sonreirse y comunicar á su voz un acento de dulzura y á su fisonomía una espresion de afabilidad que disipase el mal humor de su esposo; burlaos de mí cuanto querais, pero al menos, amigo mio, complacedme en lo que nada os cuesta.

—¿Tienes mas que abrir tú misma la ventana y desengañarte?.... ¡Bonito estoy yo para impertinencias!

A esta impolitica respuesta que no esperaba, Adela se encogió de hombros, se acercó á la ventana y la abrió de par en par.

Una ráfaga de viento apagó las luces que ardian sobre la mesa.

—¡Muger ó demonio! gritó don Luis encolerizado, me habia de alegrar que anduviese por ahí el tigre y te tirase un manotón!

—Gracias, contestó ella con amabilidad, indiferente á aquel amoroso requiebro, acostumbrada como estaba al grosero lenguaje de su marido; gracias por el buen deseo.

—Vamos, ¿has satisfecho ya tu curiosidad? preguntó éste con mas buen modo, desarmado á su pesar por la angelica bondad de su consorte.

—Veo dos bultos, repuso Adela metiendo la cabeza por entre los hierros de la ventana; pero está la noche tan oscura que no me es posible distinguir si son personas ó animales.

En este momento el cárdeno resplandor de una centella iluminó el espacio.

Adela dió un grito retrocediendo, cubrióse el rostro con las dos manos, y se dejó caer sobre la otomana exclamando: ¡es él, él!

Su esposo al oirla, mas veloz que el caminante cuando por descuidopisa una serpiente que no ha visto, saltó de su asiento, precipitose á ella, y ciego, sin reflexionar:

—¿Quién es él?.... la preguntó con voz amenazadora cogiéndola bruscamente de un brazo y arrastrándola hacia la ventana.

—¡Enrique!.... contestó Adela bañada en llanto.

—¿Y quién es Enrique?.... tornó á preguntar don Luis con doble ira que la vez primera.

—Mi primo....

—¡Ah, tu primo!....

Larteman se hirió la frente con la mano que tenia libre, y arrojó una mirada satánica sobre su atribulada mitad.

Iluminado por los celos, por una de esas intuiciones misteriosas que no pueden explicarse y que no obstante nos revelan frecuentemente la verdad tal como es, asi como su esposa habia adivinado ó presentado, que en último resultado viene á ser lo mismo, la llegada de su amante, adivinó él las relaciones que mediaban entre ambos; y asaltado de una certidumbre tal que primero dudado de su existencia que de la infalibilidad del sentimiento que se la inspiraba, habia encontrado la explicacion del enigma que antes no alcanzaba á des-

cifrar; el amante misterioso, el ser ideal á quien Adela consagraba en secreto su ternura, habia por fin aparecido!

En medio del atroz suplicio de los celos y de sus sospechas cambiadas en realidad, en medio de lo que sufría llevando las cosas mas allá de lo que la razon aconsejaba, suponiendo á su esposa mas culpable de lo que realmente era, Larteman no cabia en sí de gozo.

—Ahora podré vengarme, se dijo; y á esta sola idea escondió su dolor en lo mas hondo del pecho y recobró su semblante una espresion afable y placentera.

—¡Ah! es tu primo, repitió, ¡qué necio he sido en figurarme otra cosa!.... no llores.... probablemente eso no será nada....

—¡Ay! ¡tal vez ha muerto! exclamó Adela sollozando.

—Pronto lo sabremos.... vuelvo al instante.

—Si, corred, no os detengais....

Salió don Luis acompañado de sus domésticos, á falta de hachas con faroles encendidos.

Con lo primero que tropezaron fué con el pobre caballo que estaba horrorosamente mutilado; tenia la cabeza abierta, atravesado el cuello y el vientre, y toda una anca desollada. Las garras del tigre en la primer embestida, no pudiendo hundirse en sus carnes, habian llevado tras sí toda la piel desde el extremo de la espina dorsal hasta los muslos, la cual habia producido al rasgarse, el ruido seco y áspero que comparamos al estallido de la vela de un buque partida por una ráfaga de viento. Ademas, tenia en el mismo parage dos profundas heridas, ocasionadas involuntariamente por el mismo ginete, al dirigir sus golpes á la fiera que traidora pretendia encaramarse por detrás.

Al capitalista y á su comitiva les bastó una simple ojeada para hacerse cargo de cuanto habia sucedido.

Pusieron al jóven sobre una manta, y le llevaron á la habitacion donde Adela le esperaba con un pomito de éter en la mano.

—Aquí, colocadle en este sillón, dijo apresuradamente á los domésticos no bien pasaron el umbral,

En seguida apoyó su temblorosa mano sobre el corazon de Enrique, le tomó el pulso, corrió, trajo un espejo y se lo puso sobre la boca, ansiosa de ver si lo empañaba con su aliento.

—¡Ah! si.... ¡vive, vive!.... exclamó llena de alborozo dándole á respirar el pomo.

Y como tardase en volver de su letargo, impaciente le llamó con voz vibrante de ternura y amor:

—¡Enrique! ¡Enrique mio!

El jóven se estremeció, y fuese efecto del éter ó de aquella voz querida que resonaba en el fondo de su alma, voz celeste capaz de levantar á un muerto de su tumba, abrió los ojos y se incorporó en el sillón con la velocidad del enfermo á quien van á enterrar vivo y que en aquel terrible trance vuelve en sí, rompe la cubierta de su ataúd y asoma la cabeza,

Aire buscando y anhelando luz! (4)

Fascinado, atontecido aun por la caída, sin saber lo que le pasaba, abrió sus brazos y por poco Adela se precipita en ellos.

El brusco movimiento que esta hizo para no ceder á aquel involuntario impulso, obligó á su amante á pasear la vista en torno suyo.

Entonces divisó á Larteman que á poca distancia los contemplaba silencioso, haciendo inauditos esfuerzos para contenerse.

Enrique se creyó obligado á dirigir algunas palabras á aquel hombre que suponía esposo de su prima, y á justificarse y á justificarla, desvaneciendo cualquiera sospecha que hubiera podido infundirle la libertad que habia querido tomarse con ella.

—Sin duda, señor don Luis, le dijo tendiéndole la mano, no ignorais que me he criado con Adela, y que la quiero como á una hermana.

—Y si lo ignorase, respondió el celoso marido con una sonrisa tan falsa como el doble sentido envuelto en sus palabras, bastarian para probármelo las demostraciones que le he visto hacer con vos esta noche. Se conoce que ella tambien os quiere muchísimo. Amor con amor se paga.

Ni Adela ni Enrique se dejaron alucinar por la sonrisa artera de aquel hombre que ni para fingir tenia habilidad. Los dos comprendieron que habia sorprendido su secreto y los dos temblaron: ella por él y él por ella. Desgraciadamente ya era tarde.

—Como dentro de dos ó tres dias parto para el Brasil, prosiguió Artames, y supe en Santa Fé que en este intervalo debia celebrarse por aquí una batida de tigres; queriendo dar el parabien á mi prima, sorprenderla agradablemente y participar tambien de la referida diversion, á que soy muy aficionado, me aventuré á venirme solo y á estas horas.... Por poco me ha costado cara mi temeridad.... pero en fin, heme aquí....

El señor de Aracay aparentó creer esta fábula, y contestó con afectada alegría:

—Sea en buen hora, don Enrique, estais en vuestra casa y podeis permanecer en ella el tiempo que os agrade. Asi como asi, no podiais venir en mejor ocasion: mucho celebro tener un compañero mas para mi partida de caza. Voy á mandar que os preparen una habitacion.

—Eso me toca á mí, dijo Adela en ademán de encaminarse á la puerta.

—Perdóname, querida, si usurpo esta noche tus atribuciones, contestó él adelantándose á su esposa: ya que tu primo ha de permanecer tan poco tiempo entre

nosotros, no quiero privarle del placer de estar algunos minutos mas á tu lado.

No bien se quedaron solos y se perdió en el largo corredor el eco de las pisadas de don Luis, Adela se acercó á su antiguo amante, y tomándole la mano le dijo en tono de queja y amorosa reconvenccion:

—¡Enrique, Enrique! ¿por qué has venido?

—Perdóname, Adela; al partir á lejanas tierras quise verte por vez última, quise hablarte, hablarte, si, pero sin testigos....

—¡Imposible!.... mi marido tiene celos hasta de su propia sombra.... me acecha á todas horas.... estoy rodeada de espías.... ya desconfia de tí y ¡ay de nosotros si llega á sorprendernos!

—De modo, repuso Enrique con dolorosa amargura, que ya ni aun en eso me es dado esperar. De modo que habré espuesto mi vida por hablarte, nada mas que por hablarte, Adela, y ni siquiera llevaré el consuelo de haberlo conseguido, al despedirme de tí para siempre.

Tristísima era la espresion del rostro del desdichado y desgarrador su acento al espresarse de esta manera, y mucho le idolatraba Adela aun, para mostrarse insensible á su quebranto.

—¡Ah! exclamó ella, no es que no quiera, sino que no puedo; te amo demasiado Enrique, para esponer tu vida....

Artames la contempló en silencio, movió la cabeza y le dió las gracias con una mirada en la que se leía el pensamiento infernal que le traía á morir allí, junto á la ingrata que se negaba á recoger su último suspiro.

Aquella mirada produjo en la impresionable jóven el efecto de un carbon encendido arrojado sobre la pólvora: á sus siniestros resplandores divisó el abismo hacia el cual se encaminaba su amante, empujado por la desesperacion y el hastio de su postrer desengaño.

La idea de salvarle se despertó en su pecho, vehementemente, arrolladora, irresistible.

Y cerrando los oídos á toda reflexion para no arrepentirse del generoso impulso que sentia y retroceder ante sus consecuencias, le dijo precipitadamente:

—Enrique, haré por tí cuanto puede hacer una muger.... pongo en tus manos mi honor, por que sé que no lo mancillarás; prométeme, júrame que seguirás mis consejos, y esta misma noche nos veremos.

—¡Te lo prometo, te lo juro! respondió el desventurado con la insensata alegría del reo que al pié del cadalso recibe el indulto que no esperaba.

—El único parage donde podremos vernos—continuó Adela bajando la voz sin advertirlo á medida que hablaba;—es en la última de mis habitaciones, en el gabinete que me sirve de tocador. Allí nadie podrá sentirnos.... en otra cualquiera parte seria muy arriesgado.

—Lo malo es, que no conozco la casa....

—Despues de las doce, cuando todos duerman....

—¡Acaba!

—Yo misma iré á buscarte....

—¿No me engañarás?

—No: cierra en falso la puerta de tu cuarto.

—Adela, eres un ángel!

—Pero no olvides, Enrique, que no vas á ver á tu antigua amante, sino á la esposa de don Luis Larteman....

—¿He abusado nunca de la confianza ilimitada que en mí has depositado? ¿Me he tomado jamás la menor libertad contigo, á pesar de vivir bajo el mismo techo, y de estar siempre juntos y solos la mayor parte del dia?....

—Si, bien lo recuerdo! exclamó Adela enternecida; tu leal é hidalga pasion merecia otra recompensa.... Dios en sus juicios impenetrables no lo ha querido....

resignémonos á lo que no tiene remedio. Ahora que la sociedad y la religion han puesto entre nosotros una barrera insuperable, para sostenernos mutuamente en la áspera senda que vamos atravesando, recordemos, Enrique, lo que te dije la vez primera que huiste de mí, porque me encontraste sola: ven, no estamos solos: *Dios nos mira!*

—Si, *Dios nos mira*, repitió maquinalmente Enrique, cuya imaginacion escitada por tan dulces recuerdos, vagaba en torno de la quinta de su madre, y evocaba todo un pasado de felicidad divina.

Adela acababa de trasportarle al cielo: la llegada de don Luis, vino á sacarle de su éstasis y á sumergirle otra vez en el infierno de la realidad.

A las diez tomaron el thé; hablaron una hora del estado y asuntos de sus respectivas familias, y como Enrique y Larteman debian levantarse temprano para la caceria, se retiró cada cual á sus habitaciones.

Momentos despues, todos en la casa parecian gozar las dulzuras del sueño, sueño tan profundo y regalado, á juzgar por las apariencias, que no fué interrumpido por la deshecha tempestad que se desencadenó á media noche.

A media noche.... Lectores, este capitulo es ya muy extenso, y las cosas que pasan á media noche, requieren una seccion aparte. Dejaremos, pues, para el siguiente, lo que ibamos á decir en este.

CAPITULO VII.

A MEDIA NOCHE....

....vacila y tiembra,
y en silencio llora y gime.
Porque hay algo que la oprime,
indefinible quizá:
en horas que el mundo todo
es una nube sombría,
donde no penetra el dia,
donde la vista no va.
(José M. Cantilo.)

Entrechocábanse las nubes despidiendo fulmineas exhalaciones, al rodar por la inflamada esfera, que parecia hundirse bajo su tronadora planta.

(1) Se da este nombre al ganado que huye de las estancias y se vuelve silvestre.

(4) Espronceda.

Caía el agua á torrentes, y estrellábase contra los cristales de las ventanas, que crujían azotadas por el viento.

Y el rumor de la lluvia que caía, confundido con el estrépito de los rayos y los lúgubres gemidos del huracán, ora remedaba el gigante murmullo de una lejana catarata, ora el pavoroso estruendo de una tromba marina, cuando el genio de la tormenta bulle en su seno, y se eleva con ella de ola en ola, hasta tocar con su mano el firmamento....

Terrible era la noche, lectores, mas á propósito para descansar en mullido lecho, bien acompañado si posible fuese, que para pasarla en vela como algunos de los moradores de la estancia de Aracay.

Y sin embargo que no todos dormían, nadie hubiera creído lo contrario, á juzgar por el silencio sepulcral, profundo, que reinaba en sus largos corredores y en cada una de las habitaciones de la casa.

Solo turbaba aquel silencio cada quince minutos, el golpe pausado y vibrante de un reloj de sobremesa colocado en el comedor.

Tres veces había recorrido ya el horario los doce números de la esfera, desde que se recogieron los dueños de la casa, y su huésped improvisado.

Si algún espía oculto hubiese estado en acecho, nada notable habría percibido hasta entonces; pero al dar la una, no habría dejado de escitar su curiosidad el casi imperceptible ruido de una puerta que se abría poco á poco, y las leves pisadas de una persona que se adelantaba cautelosamente, apoyándose en las paredes para no tropezar, y deteniendo la respiración como si temiera ser sentida.

¿Sería Adela, su marido ó Enrique?

Quien quiera que fuese la persona en cuestión, muy poderosos motivos tendría para conducirse con tiento, porque marchaba con gran sobresalto, precaución y recelo; precaución, sobresalto y recelo, que se aumentaron al oír ó parecerla haber oído rumor de cercanos pasos, que se dirigían en dirección opuesta, hacia la pieza de donde ella acababa de salir.

Detúvose indecisa en la mitad de la galería donde se encontraba, volvió la cabeza como si sus ojos fueran capaces de distinguir los objetos al través de la oscuridad que los envolvía, prestó el oído, y permaneció en aquella postura cerca de diez minutos.

Y fuese que nada hubiera oído en realidad, ó bien que el que la seguía, precavido por la interrupción de su marcha, se hubiese detenido al mismo tiempo, nada oyó que justificase sus aprensiones, y continuó su camino.

Ilusión ó verdad, á poco volvió á escuchar tras sí el mismo ruido misterioso y alarmante.

Detúvose otra vez por doble tiempo que la primera, y tampoco percibió nada.

—Es mi propia imaginación la que me engaña, se dijo; el eco repite mis pisadas y el miedo me hace creer que son las de otra persona que me sigue.... Adelante!... ya no debo ni puedo retroceder.

Y recobrando de pronto todo el valor que al principio parecía haber perdido, atravesó la galería, cruzó el patio, entró en un corredor y llegó á una puerta que que-

daba casi en el centro, junto á otra que hizo estremecer á nuestro misterioso personaje, al pasar por delante de ella.

En el cuarto de la segunda había luz, y por el ojo de la llave podía fácilmente distinguirse á nuestro joven viajero, medio acostado en el borde de su lecho, con el codo sobre la almohada y la sien en la palma de la mano.

Al leve crujido de la puerta, que se iba abriendo tan despacio y suavemente que parecía girar sobre sus goznes por sí sola, levantó él la frente con viveza, se incorporó en el lecho, y clavó su mirada centelleante en el oscuro hueco de entrambas hojas.

Adela, como una aparición celeste, se había detenido en el umbral y con un dedo sobre los labios le indicaba que guardase silencio, mientras con la otra mano señalaba al tabique que dividía aquella pieza de la inmediata, como queriendo darle á entender que allí dormía su marido y podía oír su conversación.

Embelesado y absorto la contemplaba Enrique en la misma actitud en que ella le sorprendió. El silencio y el misterio de la noche envolvían á Adela con esa aureola de ilusión que irradia en torno de una hermosa, cuando se presenta á su amante haciéndole sacrificios, venciendo obstáculos, que le prueban la sinceridad y estension de su cariño.

Enrique olvidó por un instante la amarga realidad y se creyó transportado al dichoso tiempo de sus amores.... ¿y cómo no abandonarse á tan gratas quimeras cuando todo se reunía para herir su imaginación y fascinar su espíritu?

Adela, inmóvil en el dintel, vestida de negro con un largo peinador que dejaba al descubierto sus torneados brazos, su garganta y sus espaldas mas blancas que el jazmín, deshechos por el calor de la tarde los bucles de su rubia cabellera, que oscilaban en su sien y circuiaban en gracioso desorden sus pálidas mejillas, coloreadas ahora por la inquietud y el rubor; Adela, con la sonrisa en los labios y el alma herida por mortal angustia, fija su candorosa mirada en la mirada de fuego de Enrique, fortalecida por la virtud y la conciencia de su deber, dignificada por una pasión que ya á sus ojos nada tenía de terrenal; Adela, esponiendo su honor, su tranquilidad futura y hasta su vida, por tender una mano salvadora al que tanto había querido cuando Dios y la sociedad no condenaban su amor.... Adela no era ya una mujer.... era un ángel.

Era un ángel, sí... sombra, espíritu, serafín, emanación, reflejo de la divinidad, creación sublime que en sus ensueños de ventura é idealismo se forja y entreve la ardorosa fantasía del adolescente, que no es ya niño, ni es todavía hombre, y virgen el cuerpo como el alma, adora y diviniza á la que ama con todo el vigor del primero y toda la pureza de la segunda.

Y así permanecieron largo rato el uno enfrente del otro; ella esperando que él se levantara y la siguiera, y él contemplándola embebecido, inundado el rostro de gozo, tranquilo é inmóvil, como si no le fuera dado romper la poderosa fuerza de atracción que le impedía desviar sus ojos de los de la sílfide encantadora.

No de otro modo en los bosques de América, el tímido pajarillo que suspende su morada en los árboles mas altos para resguardarse de sus muchos enemigos, al divisar al bufo (1) que trepa serpeando por el delgado tronco ó arrastrándose de rama en rama, tiende las alas para huir; pero fascinado al punto por su letal mirada, describe en el aire un ancho círculo que cada vez se hace mas corto, gira y gira sin descanso, va y viene, se afana, resiste, relucha, agítase con desesperados esfuerzos, hasta que rendido y sin movimiento vuelve á caer en el pido, y desde allí contempla al espantoso reptil que se le acerca rugiendo de placer, amaga devorarlo, y se goza en prolongar su agonía....

Adela se adelantó paso á paso hasta el lecho de Enrique, le tomó de la mano y le dijo en voz baja:

—¡Ven!...

El acento del idioma nativo no resuena tan dulcemente en los oídos del proscrito, errante largos años en estrangeros suelos, como aquel breve monosílabo en el corazón de Artames.

Su temblorosa mano estrechó la de su amada, y dejándose guiar por ella, levantóse y siguióla, cual si el estado de su espíritu le quitase la facultad de pensar y de obrar por sí propio.

Salieron juntos apoyando el pie como dos malhechores; atravesaron el corredor, el patio, la galería y por último llegaron sintropiezo á la estancia de la esposa de don Luis.

Al entrar ellos, sonó en la oscuridad un ligero rumor semejante al que produce la hoja de un puñal al sacarlo cautelosamente de la vaina, precedido de una aspiración penosa, violenta y sofocada, como de una persona escondida que procuraba reprimirse.

El ruido de la lluvia que se estrellaba en los cristales, impidió que Adela y su acompañante percibiesen aquel rumor y aspiración con bastante claridad para alarmarse.

La esposa de don Luis cerró con llave la puerta que comunicaba al corredor, atravesó la alcoba, y seguida de Enrique, penetró en el gabinete, única pieza donde había luz y á cuya puerta vidriera resguardada con transparentes cortinas de seda verde, corrió el cerrojo también, para evitar que el viento que entraba por las hendiduras de las ventanas, la abriese y cerrase con violencia. Precaución muy natural en una situación tan arriesgada como la suya.

Medio minuto después, á favor de los apagados destellos que vertía una lámpara de cristal cincelado, puesta sobre un velador, en un extremo del gabinete, un observador indiferente habría visto salir del fondo de la alcoba á un hombre con los ojos fuera de las órbitas, en desorden el cabello, entreabiertos los labios y mal seguro el paso, y adelantarse blandiendo un puñal en la diestra, y levantar furioso el pie con ánimo de duda, de derribar la puerta y hacer pasar á los desventurados amantes de los brazos de la felicidad á los de la muerte....

(Se continuará.)

(1) Especie de serpiente.

ESCENAS DE NAVIDAD EN LA PLAZA MAYOR DE MADRID.

VENDEDORES AMBULANTES.



EL JAMONERO.

—¡Yo quiero un tambor, mamá!... ¡Yo quiero un tambor!...
—Ya te he comprado un aro, hijo mío: tu papá no quiere tambores, por que le atruenan la cabeza.
—¡Yo quiero un tambor.... or.... or!....



VENDEDORES AMBULANTES.



EL NUECERO.

—No puede ser, no llevo dinero....
—Pues que me lo compre ese que va contigo.
—El caso es que me he mudado de chaleco, y tampoco traigo....
—Ven, yo te compraré lo que quieras.

Aviso. Se están reimprimiendo los primeros números del tomo 3.º de la SEMANA, y se remitirán inmediatamente que estén corrientes á los nuevos suscriptores que no los han recibido. Rogamos se nos dispense esta falta, hija del excesivo aumento que ha tenido la suscripción.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior.

La batalla de Bailen cambió la suerte del vencedor de Marengo.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8.